



PERDIENDO EL CONTROL

POR CARLOS BUSQUED. ILUSTRACIÓN DE TANIA ABRILE. La tercera entrega de este compendio de personajes malditos –algunos de gran fama, otros casi anónimos– trae a un lobo ludo del aire, un camionero demasiado acelerado por su machismo y una posadera que sabía cocinar a sus huéspedes.

Hubert Fautleroy Julian AVIADOR Y MOQUERO

Nacido en Trinidad y Tobago, Hubert Fautleroy Julian, autodenominado “el águila negra”, fue uno de los primeros aviadores negros en obtener la licencia oficial de piloto en Estados Unidos. Intentó el cruce aéreo del Atlántico un par de años antes que Lindbergh y se estrelló antes de llegar al mar. En su larga carrera fue piloto mercenario, paracaidista de exhibición y dueño de una PYME de tráfico de armas. Pero más que nada es recordado por su carácter fanfarrón y exhibicionista, y por su fugaz ejercicio como jefe de la fuerza aérea etíope.

En 1930 fue invitado a realizar su espectáculo de acrobacia aérea y paracaidismo, en el marco de los festejos por la coronación del dictador etíope Haile Selassie (invocado en ciento cincuenta mil canciones de reggae con las expresiones Ras Tafari, Pequeño León de Judá y otras). Durante una exhibición preliminar, Julian impresionó de tal manera a su anfitrión, que instantáneamente fue recompensado con la ciudadanía etíope, el rango de coronel y el mando de la Fuerza Aérea Imperial: tres aviones. La “joya” de esta minúscula flota era un biplano *De Havilland Gipsy Moth*. Este avión era el aparato personal de Selassie, y era una orden del emperador que nadie lo volara hasta el día de la coronación.

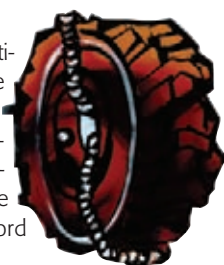
Dos días antes de la ceremonia, Julian ensayaba sus maniobras delante de un público que se había reunido para verlo y le festejaba cada muestra de habilidad. Deseoso de impresionar a la multitud, el águila negra escamoteó el *Gipsy Moth* del emperador. Pasó rugiendo en rasante y realizó un par de maniobras a media altura. Bajó en picado y cuando quiso nivelar el aparato tiró gentilmente de la palanca, pero el *Moth*, que no había sido probado en tierra, no respondió.

La recompensa de Julian por la colisión resultante fue un pasaje de vuelta a los EEUU. Al llegar a Nueva York desechó las críticas a su aventura etíope. “Puedo afirmar –declaró a los periodistas– que el emperador y yo éramos los mejores amigos cuando me fui”.

En el libro *Soldados de fortuna*, de Sterling Seagrave, hay un par de fotos de Julian. El epígrafe de una de ellas dice: “Julian entrena a unos reclutas tras regresar a Etiopía en 1935. Había esperado volar contra los invasores italianos, pero el emperador Selassie lo mantuvo anclado al suelo”.

Osvaldo R. OTELO DEL VOLANTE

En enero de 1988, debido a la violencia y las continuas escenas de celos, el camionero marplatense Osvaldo R. fue abandonado por su esposa, Liliana L., que escapó del hogar sin dejar señas de paradero. Osvaldo la buscó hasta encontrarla. Un día, mientras la mujer hacía las compras en un almacén de barrio, Osvaldo estacionó su camión volcador Ford



1967 frente a la puerta. Cuando la mujer salió, encendió el motor diesel del camión y comenzó a perseguirla a contramano, a paso de hombre y gritándole insultos acodado en la ventanilla. La mujer, asustada, levantó un ladrillo de la vereda y lo arrojó contra el parabrisas del camión, que estalló en pedazos. Osvaldo R. apretó el acelerador de su camión y subió a la vereda. Los azorados testigos vieron cómo el cuerpo de Liliana iba desapareciendo bajo la mole del pesado volcador. Después hubo un estallido. La cabeza de Liliana, como si fuese una nuez, había sido partida en dos por la rueda delantera izquierda. Hubo una corta persecución posterior y Osvaldo fue detenido por los vecinos e increpado duramente.

El hecho fue oportunamente reseñado por la revista *Casos policiales* con el título “Liliana L., víctima de un camionero insano”. Ilustrando la nota, había dos fotos. Una del camión volcador, y otra de la víctima, sacada en la playa. La mujer estaba vestida y con una mano tendida hacia el fotógrafo. Sobre la foto había pegado un globo de diálogo tipo historieta, de esos autoadhesivos que te regalaban cuando revelabas un rollo. En el globito está escrito con birome verde y letra infantil con firuletes: “Nesecito Comprensión” (textual).

Kate Bender BUENA MANO PARA EL GUISO

Legendaria habitante de las praderas de Kansas, administraba una posada de la cual salían muchos menos pasajeros de los que entraban. En general, el método de la señora Bender consistía en servir un suculento guiso al huésped y mientras éste comía, acercarse por detrás y partirle la cabeza de un hachazo. Posteriormente cortaba del cuerpo las partes comestibles, destinadas a los suculentos guisos, y enterraba lo que quedaba del desafortunado en la parte trasera del establecimiento. Con el correr del tiempo, las autoridades empezaron a tomar nota de la diferencia entre ingresos y egresos y fueron a revisar la posada. Cuando llegaron, la señora Bender se había esfumado. Excavando en el patio, encontraron un verdadero osario, con partes de lo que, se creía, podía llegar a una cincuentena de cuerpos.

Kate Bender huyó a un campamento minero en Siver City, Idaho. Allí adoptó la identidad masculina de Joe Monahan y vivió casi normalmente durante muchos años manteniendo unas pocas cabezas de ganado como propiedad. Los vecinos nunca desconfiaron. A lo sumo comentaban que Monahan hablaba poco y que extrañamente no consumía los servicios de las prostitutas locales. Sólo cuando murió descubrieron su identidad femenina. En su casa encontraron recortes sobre la infructuosa búsqueda de la señora Bender. Su entierro fue pagado por los amigos del pueblo y nadie denunció nada a la justicia: “Joe Monahan fue buen vecino mientras vivió”, declaró uno de ellos años más tarde. “Sea cual fuere su secreto, murió tratando de guardarlo”.

